

NEMBROT EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Luis Gómez Canseco
Profesor de Literatura Española
Universidad de Huelva

Además de poderosísimo canciller mayor de Castilla, don Pero López de Ayala fue un singular escritor que, a finales del siglo XIII, tradujo al castellano un libro que Giovanni Boccaccio había compuesto poco antes. Se trata del *De casibus virorum illustrium* donde el humanista italiano recogió ejemplos históricos de la arbitrariedad y fragilidad de la esperanza y poderes humanos. Don Pero quiso dar a su traducción el muy significativo título de *Caída de príncipes*. Al muy poco de comenzado, apenas en el capítulo IV incluyó la historia de «Nembrot, el gigante que hizo la torre de Babilonia». A pesar de que hayan pasado casi diez siglos, el relato tiene una enorme actualidad y merece la pena volver sobre él los ojos. Vayamos a ello:

«De un bisnieto de Noé llamado Chus nació el gigante Nembrot, el cual, por haber un cuerpo y los miembros muy grandes y fuertes, y la fuerza muy viva y sobrada además, y con estas ventajas que había sobre todos los hombres de aquel tiempo, cobró el principado y señorío entre todos los hombres de aquella edad, y como por Dios era tenido. Es verdad que, porque pareciese vanidad el comienzo de esta cosa, los suyos, siguiendo a este caudillo Nembrot, comenzaron una muy loca obra. Es, a saber, una torre que la su altura fuese igualada a

las nubes. ¿Quién sería aquel que no creería ensoberbecerse, como Nembrot, o tenerse por mayor y más bienandante en la tierra, mas aun pensar ser otro Dios de los en ella vivían y moraban? ¿Y cuándo veía tan gran muchedumbre de gentes serle todos obedientes y hacer sus mandamientos sin ningún contradecir? Ahora digo que todo el humanal linaje que en el mundo era entonces todos estaban allí a su obediencia y a hacer su mandado en aquella obra ¿Y cuál sería ahora en esta nuestra edad y en este nuestro tiempo que, viendo así un hombre glorioso y poderoso y con tantas fuerzas y guarnido con tal cuerpo y esfuerzo como Nembrot tenía, el cual se atrevió a edificar una tan alta y tan famosa obra, que no lo tomasen y tuviesen así por su rey?

Y así, estando como cerca de acabada y como que alcanzaban a las nubes, en un breve momento, sin sospecha, con muy bravos vientos arrebatados, la torre cayó de lo alto abajo con mortandad de mucha compañía de los que allí laboraban. Sin embargo a este soberbio Nembrot puso a un mayor atrevimiento y muy más loca osadía; porque luego, después de este derribamiento de la torre, tomó consigo mayor esfuerzo de contratacar al poderoso Dios. No tan solamente pensó de reparar aquella torre y grande edificio que cayera, mas aun con mayor soberbia pensó de hacer otra obra más loca y más soberbia, que no solamente tomó cuidado de hacer una obra tal como la que había comenzado, mas imaginó de hacer un edificio como hecho por gradas para subir al cielo y tirar al Señor que en él estaba.

Pues entonces sucedió que toda aquella muchedumbre de gente que allí laboraban y habitaban, que eran todas de un linaje, comenzaron a hablar por diversidades de muchas maneras de lenguajes nuevos y no conocidos, en manera que los unos no entendían a los otros. Y así es de creer que desvariados sin poderse entender los unos con los otros estuvieron largo tiempo, y después de esto, a causa de esa diferencia de lenguajes, dejada y desamparada toda aquella soberbia obra que así habían comenzado, toda aquella muchedumbre de gentes

por muy muchas partidas del mundo fueron derramadas. Y así fue desamparado Nembrot.

Aquel Nembrot que era rey príncipe de pueblo tan infinito que no se podía contar, desamparando la fortuna, solo y apartado estuvo en un pequeño rincón de la tierra, como maravillándose de las cosas así pasadas y acaecidas en estas breves días a vista de sus ojos. Y las gentes que quedaron, con las cuales entendían no lo trataban como a señor ni como a poseedor de reinos y de tierras. Y este soberbio y menospreciador de Dios, por sus pecados y soberbia, loco y sin sentido pereció».

Hasta aquí el relato de Boccaccio en la versión actualizada de don Pero López de Ayala.

No hace falta hacer un gran esfuerzo para identificar al gigante de Nembrot con su enorme altura, para encontrar paralelo a su soberbia en nuestros días o para calibrar esa voluntad de seguir tras un primer fracaso, que los modernos de nuestro siglo llamarían resiliencia. Piénsenlo bien, el gigante quiso ocupar la totalidad del poder y no tener competencia ni siquiera en Dios. Pero su caída y su castigo vino de las lenguas, cuando los suyos terminaron cada uno hablando una distinta y dejaron de entenderse. La lengua que compartían, y que les permitía intercambiar ideas y resolver sus diferencias, desapareció de la noche a la mañana. Es obvio, pero es preciso recordar que las lenguas nos ayudan a comunicarnos y, cuando dejan de hacerlo, pierden su sentido y su función. Un nuevo Nembrot ha entrado en el Congreso de los Diputados de España, y donde antes se hablaba una lengua compartida para construir el edificio del Estado, ahora se hablan muchas y nadie entiende ni aun escucha. El edificio avisa ruina, pero sigue encaramado en su torre.